



Agnaldo Farias

XS/ esp. El secreto de las cosas

Esta vez José Spaniol nos presenta el sueño de los objetos. Cosas triviales como escaleras, sillas, mesas, camas, en escala real, versión miniaturizada e incluso a través de una secuencia de fotografías, todas ellas patas arriba, proyectándose en altura como en una revolución contra el modo habitual con que las vemos todos los días. José Spaniol no es el primero en percibir que los objetos descansan, que posiblemente sueñan y que, de nuestra parte, la convivencia continuada con ellos nos lleva a delirar. Para no recular mucho, basta acordarse de la importancia de los objetos, receptáculos de secretos, en las poéticas de extracción surrealista, o incluso en textos como los de Clarice Lispector, como aquel en que Ana, nombre/palíndromo como el propio orden de las cosas, al atardecer, se veía amenazada por los objetos y sus sombras alargadas, los mismos que de mañana regresaban de la madrugada dóciles y vanidosos, como arrepentidos.

¿Qué sueñan los objetos? Se sabe poco de eso, aunque sea posible conjeturar que sueñan ser otras cosas, asumir otras configuraciones, quien sabe si una vida más agitada o por lo menos libre de nosotros. Pero antes de proseguir conviene destacar que esa fantasía animista tiene sentido. Finalmente, los objetos son hechos por nosotros y para nosotros. Tienen nuestra medida, la curvatura de nuestro cuerpo; se adecuan al tamaño de los pies, a la altura de nuestro cuerpo sentado. Nos acomodamos en ellos hasta el punto de que, en el mejor de los casos, nos confundamos con ellos. ¿No es así? ¿No reaccionamos con irritación cuando nos quieren retirar de la comodidad de la cama, el encaje exacto de la cabeza en la almohada? Esa complicidad, esa comprensión del cuerpo a la conformación del objeto es la prueba de una relación fundada en la reciprocidad: estamos en los objetos como ellos en nosotros. Tenemos un poco de ellos de introyección, como ellos tienen mucho de nosotros. Entonces ¿por qué no algunas de las emociones y sentimientos?, ¿o no existen cuchillos y tijeras apenas intencionadas, butacas protectoras, mesas solidarias? Como hay también sinfonía desencontrada e ininterrumpida de chasquidos, crujidos, choques, chillidos, además del silencioso e inquietante tic-tac del reloj y el ruido rascante de metales rozándose en la llave que abre la cerradura.

Hay de todo en una casa, en todas las casas y ambientes que frecuentamos. Y hay la posibilidad de que los objetos se cansen de todo eso,

pues heredan el servicio que los justifica y consagra, aquel al que damos el nombre de 'utilidad', existe también la simple función de estar ahí, la función disimulada pero igualmente eficaz de prohibir nuestros pasos, crear obstáculos, aquello que Vilém Flusser llamaba "perfidia de los objetos". Ellos están en todos los lugares, recordándonos, a partir de encontronazos buscados o evitados, de nuestra existencia así como la existencia de ellos. Es común la caída en picado en la cima de nuestros devaneos, la bofetada que la realidad, casi siempre por vía del objeto, golpea una puerta batiendo que insiste en vibrar cada vez que en nos alejamos de ella. Ah, lo que pueden los objetos... Pero los objetos de Spaniol no están soñando. En ellos no hay vestigios de deformación o de un ropaje insólito, como los objetos de las pinturas de Dalí o la taza peluda de Oppenheim. En ese linaje, Magritte, maestro en la perturbación del vocabulario naturalista más ordinario, parece ser su pariente más próximo. De ellos se puede decir entonces que están literalmente en suspensión, sumergidos en el sueño, ese estado, en el decir de João Cabral de Melo Neto, que es "un pozo en el que buceamos, en el que estamos ausentes". Ausentes aunque nuestros cuerpos semi-inertes prosigan acostados en la cama.

Entonces es como que los objetos, dejados a solas, cuando la noche sigue en mar alto con nuestras sábanas convertidas en velas amarradas, pudieran finalmente descansar. Se abandonan al sueño, esa palabra, aún en el vocabulario de Cabral, "hecha de sonidos que parece prolongarse en lo oscuro", para ir suavemente espetándose para la cima, como liberándose momentáneamente de la acción de la gravedad. Así, en medio del camino, sin corte ni interrupción de cualquier naturaleza, como si hubiera un espejo invisible que los tragase para dentro, los objetos intercambian de posición, se invierten, y continúan cabeza abajo. Los objetos de José Spaniol, en particular aquellos realizados en madera y con cuatro metros de altura, conservan la domesticidad de las apariencias al mismo tiempo en que efectúan una conexión entre el cielo y el suelo. Al proceder de ese modo, al establecer contacto con ese espacio secreto, lo que probablemente sucede todas las noches, renuevan su carga de misterio, aquella misma que hace que, a veces, sin que sepamos la razón, miremos desconfiados para ellos, resabiados por la certeza de que son habitados por sombras.